

Arnaldo L. Toledo
Chuchundegui

*José Lezama Lima
(1910-1976) en su
primera secularidad*

José Lezama Lima publicó en el número 33 de la revista *Orígenes* (1944-1956), correspondiente al año de 1953, un breve texto de innegables resonancias délficas al que dio por título «Secularidad de José Martí».¹ La frase exhibe ese modo personalísimo y transgresor de manejar el idioma que lo caracterizó. Con la curiosa y provocada ambigüedad, resulta aludida a la vez la necesaria y nueva entrada de Martí en la historia — la historia, valga la aparente paradoja, inmediata y actual — y también la primera centuria ya cumplida por el Apóstol, de la que precisa, además, que es sólo «su primera secularidad», es decir, que habrá otras. Llegados ahora al centenario de Lezama, creemos útil evocar aquellas páginas tan reveladoras de su pensamiento y a la vez afirmar la seguridad de que tampoco en su caso el legado de su vida y obra se agotará en el primer siglo. Son conjeturas fundadas; hay razones varias para alimentar la certidumbre de que Lezama es ya uno de los ocho o diez grandes escritores del siglo xx cubano que habrán de conservar ese estado de vigencia permanente de los clásicos.

Esta certeza no excluye que a la vez admitamos que la obra múltiple de Lezama (y con ella la figura misma del poeta) siempre fue (y sigue siéndolo) un valor polémico, no porque sea un

¹ José Lezama Lima: «Secularidad de José Martí», *Orígenes*, x(33): 3-4, La Habana, 1953. Ver también en: *Imagen y posibilidad*, Selección, prólogo y notas de Ciro Bianchi Ross, pp. 197-198, Letras Cubanas, La Habana, 1981.

valor dudoso, sino porque excede las medidas y escalas habituales, aun en lo dominios de lo que consideramos rupturas y audacias.

La condición polémica irradia desde los fundamentos de su palabra. No se trata exclusivamente de que topemos con opiniones difíciles. Más exactamente es que por todos los costados su obra va deslizándose un desajuste, una sostenida incertidumbre. En efecto, quizá sea ese un rasgo esencial de su obra: que no nos permita poder descansar en un margen aceptable de certidumbre. Ese sentir se relaciona con las dimensiones externas e internas de su obra, y también con los desmadres verbales, las violencias gramaticales, las violaciones semánticas, las acumulaciones y vericuetos de su discurrir que no revela con facilidad un orden asimilable, el fluir de un discurso que con frecuencia (especialmente en sus primeras obras) se mueve con fluidez de un lado al otro del lindero que delimita lo lúdico (sátira, parodia) y lo grave. Forcejeamos con textos donde la palabra parece divorciarse del sentido socialmente aceptado, hacer caso omiso de un significado extraído mediante el discurso interpretativo o la simple paráfrasis. Todo ello, además, sostenido por un sistema poético muy personal, cuya pretendida negación de la lógica aristotélica (la lógica formal) lo llevaría a recorrer rutas *descodificadas*, o más exactamente, todavía no codificadas. En fin, trasgresión, violencia del desvío desde la raíz misma de la escritura, pero al mismo tiempo, para que sintamos que hay un orden secreto la incesante declaración de un sistema poético del mundo, con reglas, con leyes, fundado en la imagen como genitora de la historia. Julio Cortázar, quien escribió una lúcida introducción «para llegar a Lezama Lima»,² le confesaba en carta al poeta la inmensa dificultad que padecía para colocarse en el mismo punto de vista desde el cual se organizan sus textos: «he tenido que rendirme tristemente a mi incapacidad para yuxtaponerme al punto de vista de usted: excéntrico a ese punto, todo el sistema se me escapaba».³ Pero mucho antes de este lamento

² Julio Cortázar: «Para llegar a Lezama Lima», en *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*. Selección y notas de Pedro Simón, pp. 146-168, Colección Valoración Múltiple, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1970.

³ Carta a Lezama, en: *Órbita de Lezama Lima*, Ensayo preliminar, selección y notas de Armando Álvarez Bravo, p. 57, Colección Órbita, Ediciones Unión, La Habana, 1966.

sincero, la actitud y los argumentos de Jorge Mañach («El arcano de cierta poesía nueva. Carta abierta al poeta José Lezama Lima», *Bohemia*, 25 sept. de 1949) son paradigmáticos de una posición recurrente en nuestros días. Mañach, que está seguro de conocer y gobernar las leyes del discurso y, por tanto, tener de su parte a la *razón* misma — la que esgrime entre irónico y magisterial —, tiene el coraje de afirmar con absoluta franqueza no entender sus poemas («de los cuales, con perdón, no entiendo ni la gramática siquiera»), aunque a la vez afirma, en aparente contrasentido, que hay en estos poetas (se refiere a los de *Orígenes* y ya no sólo a Lezama) «tanto talento literario de primer orden». La pregunta sería ¿cómo poder estar seguros de eso si no se puede entender lo que escriben? ¿No corremos el riesgo de estar ante una impostura y hacer el ridículo?

Habrían de transcurrir algunos años para que algunas cosas se colocaran de otro modo y fuera posible otra comprensión. «Es para mí en primer asombro de la poesía — afirma Lezama —, que sumergida en el mundo prelógico, no sea nunca ilógica». (*A partir de la poesía*, 1960). Ahí está la lógica paradójica. Como es poesía (incluso el ensayo, incluso la novela), se gobiernan por otra lógica, y aunque Mañach no vaya a ceder en el rigor general de sus leyes, lo intuye y lo admite *en ciertos pasajes*, donde está dispuesto a aceptar lo ilógico como lógico dentro de *la otra lógica*, es decir, *la poética*. Pero lo prevaleciente es la renuencia a admitir que el discurso poético corte nexos con eso que Julia Kristeva ha llamado la *verosimilitud* y le dé rienda suelta a fuerzas y demonios que de no estar controlados pueden inducir a la desestabilización o el caos.

Pero por encima de las rispideces y amarguras inevitables, se impone que tratemos de entender y explicar cómo en esos complicados signos, en esa escritura que se extiende sobre zonas y abismos oscuros, y que devora por igual textos quintaesenciados y voces de vecinería vulgar, podemos encontrar el goce del lenguaje, el espesor paladeable de nuestra cultura y entrevisiones de nuestro irreductible ser.

No es insignificante sopesar las relaciones efectivas y posibles del poeta con esta universidad. Pudo haber sido diferente la historia intelectual de este territorio de haberse llevado a efecto el curso para el cual se le contrató en aquellos años iniciales del alto centro docente, tan pletóricos de signos promisorios para la

vida cultural del país. Pero su presencia no pasó de una noche de apnea e insomnio — así la evocó Cintio Vitier — en un hotel de Santa Clara, desde el cual regresó precipitadamente a La Habana, sin llegar a poner sus pies en el recinto universitario. Del proyecto docente sólo nos quedó la conjetura dentro de la *infinita posibilidad*; la disposición afirmativa sólo frustrada por circunstancias extrañas al acto intelectual posible.

Pero en otro ámbito sí se hizo efectivo su magisterio, tan cargado de sorpresa y densidad. En aquella recién fundada revista *Islas*, dirigida de un modo personalísimo por Samuel Feijóo, colaboró el poeta con varios ensayos de muy especial importancia. Estos fueron: «Preludio a las eras imaginarias» (sept.-dic. de 1958); «A partir de la poesía» (ene.-abr. de 1961); «Las eras imaginarias: los egipcios», (sept.-dic. de 1961); «Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón» (mayo-ago. de 1966); y «Estudio sobre Portocarrero: dos fragmentos» (sept.-oct. de 1966). Los textos — con excepción del último, que obedeció a otras obligaciones — están unidos por un empeño que ocupa gran parte de sus energías en los años previos y primeros de la revolución. Lezama está construyendo pausada y laboriosamente su muy personal noción de «las eras imaginarias». El adjetivo se puede usar por un lado y por el otro, como un guante o la bolsita de terciopelo negro que muestra el prestidigitador callejero. Nos propone acercarnos y comprender cómo ciertas culturas (aquellas de perfiles muy acusados) habitan con fuerza en el espacio de la imaginación, y desde allí generan múltiples imágenes capaces de estimular la fantasía y la acción creadoras de los hombres actuales. Ambos ejercicios conducen a comprender la fuerza de lo imaginario, que *determina* en la historia un tema que un poco después comenzaría a ser desarrollado por el pensamiento social y culturoológico hasta nuestros días. Para Lezama, el sentido último es reconocerle al hombre la potencia germinadora en la historia mediante la imagen, sea esta la personal imaginación poética o la colectiva fecundante de los pueblos.

Ya se han abierto las puertas para la celebración del primer centenario del poeta. En apenas cuatro décadas de tenaz labor (1937-1976), José Lezama Lima nos ha legado una obra singular y fascinante, que podemos recorrer hoy como un inmenso texto inagotable, colmado de infinitas sorpresas e incitantes cifras arcanas. Esa obra nos lo va dibujando de cuerpo entero

como una figura universal, porque es también cubanísima: encarna esa cubanía profunda y esplendente que es la que maneja e incorpora con absoluta familiaridad los más diversos elementos de las culturas del mundo, sean estos poemas, doctrinas, hombres, acontecimientos, guisos, o prácticas esotéricas. Un sabio un poco mago que aproxima, mezcla, asocia, los símbolos más heterogéneos y encuentra entre ellos rutas insospechadas para la revelación. Una figura inimaginable fuera de la *Ínsula* («La ínsula distinta en el Cosmos, o lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el Cosmos»),⁴ esa ínsula barroca que ya se avizora en los textos matinales de Colón y luego en el poema de Silvestre de Balboa. Disciplina y rigor cortés del traje con cuello y corbata en el trópico y la escritura lujosa, cultísima, y a la vez, desatada y transgresora de la gramática, de la lógica formal y las normas clásicas, y empujada por sumergidas y poderosas corrientes de risa y vitalidad populares. En esa «oscura pradera» que convida, bullen toda la historia humana y las incontables voces que la informan.

⁴ José Lezama Lima: «Razón que sea», *Espuela de Plata*, La Habana, agosto-septiembre, 1939 (En: *Imagen y posibilidad*, Selección, prólogo y notas de Ciro Bianchi Ross, pp. 198-199, Letras Cubanas, La Habana, 1981).